

La calle para el viernes 19 de agosto de 2011

Diario de un espectador

María Teresa Cornejo

Miguel ángel granados chapa

Mientras el orden se impone paredes adentro del antiguo Colegio nacional de ciencias morales, afuera bulle el descontento social. Diego Lerman sitúo la acción de La mirada invisible hacia marzo de 1982, precisamente cuando se cumplían seis años del golpe militar en la Argentina. Día con día iban quedándose sin sustento las promesas de los generales y almirantes que asaltaron el poder. El descontento social crecía porque la situación económica era cada día peor, y la gente salía a la calle a manifestarlo. Eso indicaba, a su vez, que el rudo control impuesto por la dictadura estaba fallando.

Entonces los golpistas buscaron un modo de apaciguar la inconformidad de la gente y hasta unirla bajo una bandera común. Resolvieron declarar la guerra a la Gran Bretaña. Desde décadas atrás había entre Buenos Aires y Londres un motivo de tensión, sólo atenuado por la pretensión de las clases altas argentinas (a las que solían pertenecer los jefes de las fuerzas armadas) de semejarse a los ingleses, de sentirse ingleses. Pero la ocasión demandaba una decisión de gran alcance, y por ello tropas argentinas desembarcaron en las islas Malvinas (llamadas Falkland por Inglaterra, que las ocupaba). El cálculo militar argentino falló por entero. Si bien su absurda decisión tomó por sorpresa al gobierno de la señora Margaret Thatcher y a los isleños, que no pudieron resistir el ataque inicial, no tardaron en tomar la ofensiva y en sólo algunas semanas derrotaron a las tropas argentinas, que se mostraron menos valientes ante sus enemigos ingleses que frente a sus compatriotas, a los que también consideraban enemigos, en la guerra contra la subversión.

De todo ese fenómeno militar y político apenas llega a la cinta de Lerman el escándalo callejero. Dentro del Colegio nacional la rutina se cumple cada día. Gracias a la rigurosa vigilancia de los preceptores, no se refleja entre sus paredes, bajo su arcada y en el espacioso patio central cuadriculado, la causa del ruido callejero. El orden riguroso no se altera gracias a la rígida presencia de Carlos Bisutto, representado por el actor Osmar Núñez. Como corresponde a la personalidad autoritaria de un jefe que percibe las debilidades de una subalterna, el supuesto policía trata de seducir a la joven preceptora. Inicia una táctica de aproximación. Salen a tomar café y él propone que su joven colaboradora deje de ser Cornejo y él Bisutto, para llamarse María Teresa y Carlos.

Ella, interpretada magistralmente por Julieta Zinberberg, oscila entre el halago y el miedo, extremos en que también se incluye la disciplina. Pero se nota que va cediendo, para complacencia del jefe de conserjes. Pero acaso por las noticias que vienen de fuera, y de las que él debe estar muy al

tanto, el nerviosismo del jefe lo conduce súbitamente a tomar un atajo. Descubre que no hay en la vigilancia estricta que la preceptora mantiene sobre los alumnos desde el interior de los baños el propósito de hallar fumadores subrepticios sino otro del que se aprovecha con violencia, en el mismo plantel. No cuenta con la capacidad de respuesta de su frágil subalterna. No es el caso detallar el desenlace de esta cinta, La mirada invisible, que todavía puede ser vista (no diríamos que disfrutada) en la Cineteca nacional.

Allí la vimos el sábado pasado. No pudimos ver una cinta alemana, pero no nos fue nada mal con la alternativa.